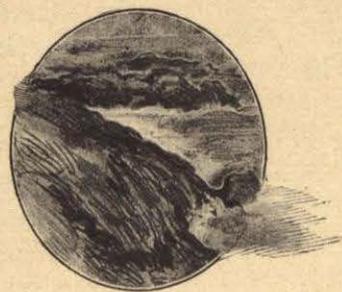


Si está pidiendo socorro,  
no habrá ya sangre en sus venas.  
¡Caballeros, volved grupas!  
¡Venid, crucemos la sierra!  
Suelo engañador de España,  
¡a mis pies de nuevo tiembla!

## IV

Detiéndose los corceles  
al doblar la mayor cuesta;  
allá abajo, Roncesvalles  
está envuelto en pardas nieblas;



los estandartes del Moro  
á paso largo se alejan.  
—«¿Qué ves, Turpino, en el fondo  
del torrente entre las peñas?  
—Dos caballeros; el uno  
muerto, y el otro aún alienta.  
Los dos están aplastados  
bajo una roca tremenda.  
Cuerno de marfil empuña  
el más tornido en la diestra.  
¡Dos veces nos ha llamado  
antes que el alma rindiera!»  
¡Cuán triste es el son del cuerno  
en el fondo de las selvas!

VICTOR HUGO



## MI NIÑEZ

I

Bélicos sueños turban mi alma inquieta;  
soldado yo sería,  
si no fuese poeta.

¡No extrañéis que mi errante antasia  
vaya en pos de los héroes del combate,  
y al par mi corazón! Cuando por ellos  
lloro, si suerte adversa los abate,  
juzgo sus ramos de ciprés más bellos  
que los lauros del vate.

Dióme, al nacer, contraria la fortuna,  
por pila bautismal casco guerrero,  
viejo tambor por cuna;  
y de movable tienda en los umbrales,  
hizo un soldado, veterano austero,  
de una rota bandera mis pañales.  
La Musa amante de la lid que estalla  
y el rayo que fulgura,  
condújome entre carros de metralla  
al campo de batalla,  
donde por lecho hallé cureña dura;  
y fué mi encanto la que flota y vuela  
crin destrenzada del corcel altivo,  
y el crujir rechinante de la espuela  
cuando roza el estribo.

¡Con qué placer miraba la almenada  
 tonante batería;  
 el capitán, que con desnuda espada  
 la dócil tropa guía;  
 la patrulla emboscada  
 en un rincón del solitario valle,  
 y aquellos veteranos batallones  
 que desfilaban por estrecha calle  
 con la vieja bandera hecha girones!  
 ¡Cómo envidiaba al húsar, que orna de oro  
 el pecho osado con marcial decoro;  
 al rápido lancero  
 de blanco airón y roja banderola,  
 y al dragón, que altanero  
 une en su casco, del corcel la cola,  
 á la manchada piel del tigre fiero!

Y acusaba á mi edad: «¿Por qué, decía,  
 crecer, vivir en inacción sombría?  
 ¿Por qué dejar pudrir la sangre pura,  
 que en tan rojos raudales correría  
 por la tersa armadura?»  
 Luego invocaba con febril anhelo  
 la guerra, y á los ojos de mi mente  
 temblaba en torno el conmovido suelo;  
 iban caballos y hombres confundidos  
 en inmensa legión, y de repente  
 topaban dos ejércitos de frente  
 con grandes alaridos.  
 Escuchaba, lejano, el silbo agudo  
 de la bala, el redoble turbulento  
 del tambor, el rodar de los cañones;  
 y veía, con ímpetu sañudo,  
 dejando atrás cadáveres sin cuento,  
 cargar los fulgurantes escuadrones.

## II

Antes de conocer lo que es la vida,  
 tras la hueste triunfante  
 corrí al azar la tierra sometida;  
 y los ancianos, con la mente absorta,  
 oían el relato palpitante  
 de mi existencia errante,  
 tan llena, y aún tan corta.

Crucé indefenso pueblos subyugados,  
 y eran asombro de mi tierna infancia  
 sus respetos forzados.  
 Yo, en esa edad que proteger importa,  
 protector era, por extraños modos.  
 Cuando, con la arrogancia  
 gentil de la niñez, decía: «¡Francia!,»  
 palidecían todos.

Yo visité la de fatal presagio  
 isla siniestra, que hizo luego el cielo  
 primer escollo del mayor naufragio.  
 El Alpe, en cuyas cúspides nevadas  
 aman parar las águilas su vuelo,  
 sintió crujir en ásperas jornadas  
 bajo mi pie infantil su eterno hielo;  
 dejé atrás la corriente  
 del Ródano, y bajé á la dulce orilla  
 del Arno floreciente.  
 Vi á Roma, Babilonia de Occidente,  
 reina que eterna brilla  
 entre tumbas y escombros,  
 destrozada á sus pies la regia silla  
 y hecha trizas la púrpura en sus hombros.  
 Luego Turin, después Florencia hermosa,  
 y Nápoles después, do abril florido  
 se detiene y reposa,  
 do el Vesubio encendido  
 su columna erigió de luz sangrienta,  
 cual guerrero feroz, de airado gesto,  
 que entre las galas del festín ostenta  
 su penacho funesto.

Hogar me dió la conquistada España:  
 el Vergara crucé, do siempre uraña  
 la tempestad retumba;  
 el Escorial, cuando lo vi lejano,  
 parecióme una tumba.  
 Me hizo bajar la frente  
 bajo su triple arcada el imponente  
 acueducto romano.  
 Vi las hogueras del vivac inciertas  
 ennegrecer el muro—aún lo contemplo—  
 de ciudades desiertas;  
 y vi, forzadas sin temor las puertas,  
 hecho cuartel el templo;

y oí bajo las bóvedas sagradas,  
repetidas por ecos escondidos,  
del soldado sonar las carcajadas  
cual lúgubres gemidos.

## III

Volví, llevando en la asombrada mente  
deslumbrantes reflejos;  
volví absorto, extasiado, displicente,  
cual si hubiera encontrado allá á lo lejos  
la peregrina mente  
que para siempre embriaga  
al que en ella una vez su sed apaga.  
España dibujaba en mi memoria  
castillos, claustros, restos de su gloria:  
sus góticas agujas colosales  
Burgos; sus torres la marcial Vitoria;  
Irún, sus techos de madera oscuros;  
Valladolid, sus casas señoriales,  
que por timbres seguros  
cadenas cuelgan en sus pardos muros.  
Esos recuerdos, al azar dispersos,  
mi espíritu evocaba,  
é iba, en voz baja, recitando versos.  
Mi madre, que mis pasos acechaba,  
decía, al verme, con afán profundo  
mezclando la sonrisa y el gemido:  
«¡Es que una hada, invisible para el mundo,  
va hablándole al oído!»

## LA NOVIA DEL TIMBALERO

—El señor duque de la Bretaña  
toda su gente llamó á luchar;  
de las montañas, de las llanuras,  
tras él sus fieles vasallos van.

Van los barones que en sus castillos  
blasón esculpen sobre el portal,  
los escuderos, los hombres de armas...  
uno de aquestos es mi galán.

Cual timbalero forma en la hueste;  
pero quien mire su frente audaz  
y su ropilla toda bordada,  
ha de tomarlo por capitán.

Desque marchara, temblando vivo,  
y á la Patrona de mi lugar:  
«Santa Patrona, clamo anhelante,  
de vuestra vista no lo perdáis.»

Todos los días le digo al cura:  
«Por los soldados nuestros rezad;»  
y porque supe que ello le agrada,  
mis cirios arden en el altar.

Poner las conchas del peregrino  
en la esclavina de mi sayal  
juré á la Santa Virgen María,  
si sano y salvo torna á su hogar.

Ningún mensaje calmó mis cuitas,  
pues cuando ausentes ambos están,  
para el villano no hay escuderos,  
para su novia pajes no hay.

Mas de la guerra vuelve ya el duque,  
y el timbalero con él vendrá;  
estos amores son hoy mi orgullo,  
mi suspirada felicidad!

Venid, hermanas: la hueste llega;  
por los portales veréis pasar  
á los hidalgos y á los pecheros,  
y al noble principe, y á mi galán!

Veréis cuál piafan, todos cubiertos  
de seda, nobles potros sin par;  
cómo columpian las blandas plumas  
que á su cabeza penacho dan.

Veréis cuál llega mi prometido,  
cómo en sus manos suena el timbal;  
cómo, al redoble del duro parche,  
los corazones palpitarán.

Veréis cuál luce banda vistosa  
que por mis manos bordada está;  
y por corona casco de hierro,  
que negras crines van á besar.

Una gitana—;maldita sea!—  
dijome anoche con torva faz  
que hoy en la escuadra de los timbales  
un timbalero menos habrá;

Mas recé tanto, que nada temo,  
aunque la bruja de Satanás,  
desde una tumba, que es su guarida:  
«Aquí te aguardo,» dijo al pasar.

¡Volemos todas! ¡Fuera temores!  
Ya los timbales oigo... ¡Mirad!  
¡Blancas banderas! ¡Tiendas de grana!  
¡Damas y flores acá y allá!

Alabarderos en luengas filas  
vienen con lento paso marcial;  
luego, vestidos de oro y velludo,  
tras sus pendones los nobles van.

Después dos prestes con anchas capas,  
y cabalgando de par en par,  
con los blasones en la coraza  
fieles heraldos marchan detrás.

Ved los templarios, con su armadura  
pérsica, odiados del musulmán;  
ved los arqueros, que llevan todos  
de cuero el peto y el espaldar.

Ya llega el duque: ¡ved su señera!  
Otras, rasgadas, presa triunfal,  
vienen zagueras... ¡Ay mis hermanas!  
¡Los timbaleros van á pasar!»

Y entre las filas, febricitante,  
clava los ojos con hondo afán;  
tiembla, vacila, cae desplomada...  
¡Los timbaleros pasaron ya!

### SU NOMBRE

El fulgor de la aurora,  
el perfume del nardo ó la azucena;  
la voz de la amistad consoladora,  
que al afligido espíritu serena;  
el último rumor, que lento suena,  
del bullicioso día; el blando beso  
do queda el amor preso;  
la cinta de colores  
que, allá en las nubes, la tormenta oscura  
por trofeo le ofrece al sol triunfante;

la voz cuyos acentos vibradores  
nos recuerdan de pronto años mejores;  
la ilusión casta de la virgen pura;  
el primer sueño del dormido infante;  
el lejano cantar, de són incierto;  
la música apacible y regalada  
que exhala, al resplandor de la alborada,  
la estatua de Memnón en el desierto;  
lo que pueda soñar la fantasía  
más dulce todavía,  
no es á mi corazón, á él solo abierto,  
tan dulce cual su nombre, lira mía.

Repítelo en voz baja, palpitante,  
cual oración devota,  
repítelo sin tregua, á cada instante,  
en cada vibración y en cada nota;  
sea como la luz nunca apagada  
que alumbró el templo obscuro y solitario,  
cual palabra divina pronunciada  
en el fondo secreto del sagrario.

Antes, amigos míos,  
que ose mi Musa, con audaces bríos,  
dar á la fama, entre los grandes nombres  
que enaltecen los hombres,  
su dulce nombre, que constante adoro  
y en el alma guardé, como un tesoro,  
su cántico ha de ser puro y ferviente,  
cual los himnos sagrados  
que nos hacen caer arrodillados;  
y al són de sus acordes apacibles  
ha de latir el conmovido ambiente,  
como palpita, si en callado vuelo,  
agitando las alas invisibles,  
pasa un ángel del cielo.

## SARA EN EL BAÑO

Sobre el tranquilo remanso  
de una alberca,  
que llenó el liso claro  
de aguas frescas,  
Sara, la hermosa indolente,  
se recrea  
meciéndose en una hamaca,  
que á su blando impulso vuela.

En la faz de aquel estanque  
limpia y tersa,  
el ondulator columpio  
se refleja  
con la linda perezosa  
que, risueña,  
inclinándose gallarda,  
en su espejo se contempla.

Cada vez que á flor del agua  
pasa inquieta  
la veloz y voladora  
barquichuela,  
Sara, con pie caprichoso,  
la golpea,  
y al tentador cosquilleo  
con dulces risas contesta.

Si, cuando salga del baño,  
quieres verla,  
ven, escóndete conmigo,  
cauto acecha.  
Desnuda saldrá; sin velos  
que la envuelvan;  
sobre el seno alabastrino  
cruzando las manos trémulas.

Es un astro luminoso  
la doncella,  
que, al salir del agua, vuelve  
la cabeza,

por ver si alguien, importuno,  
se le acerca,  
y al soplo del aire frío  
toda estremecida tiembla.

Le da sombra regalada  
la arboleda,  
los rumores más lejanos  
oye atenta,  
y si la rozan las alas  
de una abeja,  
ya está, cual flor de granado,  
encendida de vergüenza.

Al sol brilla su hermosura  
descubierta;  
vestiduras enfadosas  
nada velan;  
y en sus ojos las pupilas  
son estrellas  
que en el fondo azul del cielo  
fulguran y parpadean.

Cuando su cutis, que envidia  
la azucena,  
con el blanco lienzo enjuga,  
sobre él ruedan  
las brillantes gotas de agua,  
cual si fueran  
una tras otra cayendo  
del roto collar las perlas.

Pero á Sara el fresco baño  
la deleita;  
en el tálamo colgante  
bien se encuentra;  
al vaivén y al balanceo  
no da treguas,  
y así canta en voz muy baja  
lo que alucinada sueña.

—«Si yo llego á ser sultana,  
¡Dios lo quiera!,  
dará el ámbar á mis baños  
rica esencia,  
y tendré de jaspe rojo  
pila espléndida  
junto á un solio, entre dos grifos  
con las alas de oro abiertas.

Habrá en mi jardín piscinas  
donde pueda  
jugar descalza y desnuda,  
libre y suelta,  
sin temor á que en los setos  
que las cercan,  
dos ojos de ardiente lumbre  
entre las frondas se enciendan.

Si algún galán temerario  
verme intenta,  
hallará desnudo alfanje  
siempre alerta,  
y á los deformes eunucos,  
los que muestran  
aquellos dientes tan blancos  
en aquella faz tan negra.

Y podré, sin que reprochen  
mi pereza,  
por mis estancias, que el mármol  
pavimenta,  
arrastrar mi rozagante  
falda regia,  
y mis sandalias bordadas  
de rubies y turquesas.»—

Así la indolente Sara  
canta y sueña.  
El vaivén de su columpio  
nunca cesa,  
sin pensar la descuidada  
muchachuela  
que las horas matutinas  
huyen con alas ligeras.

Sus pies siempre con el agua  
juguetean  
y á los márgenes la arrojan  
de la alberca.  
La llovizna el mustio césped  
baña y riega,  
y la túnica salpica,  
que de un verde arbusto cuelga.

Entre tanto, sus alegres  
compañeras  
al trabajo cotidiano  
ya se aprestan,  
van en grupos bulliciosos  
por las sendas,  
van cogidas de la mano,  
cantando también como ella.

Cantando van y corriendo,  
van contentas,  
y al ver á la perezosa,  
todas ellas  
con igual reproche gritan:  
«¡Qué vergüenza!  
¡Aún desnuda y acostada  
en el día de la siega!»—